

La herida en su brazo dolía como pocas que había tenido antes. No podía moverlo y eso encima era tremendamente incómodo. Pero no se quejaba y no esperaba ningún tipo de condescendencia de parte de sus amigos. Tampoco se arrepentía a decir verdad. Había valido la pena obtener esa herida cuando el precio pudo haber sido mayor.

Se sentó en la cama y suspiró. Estaba exhausto, aunque dormir iba a ser... complicado, por decirlo suavemente. Sin embargo, justo cuando estaba por recostarse (cuidadosamente de no mover mucho el brazo), escuchó la puerta del cuarto abrirse.

Una figura pequeña la atravesó y la cerró nuevamente antes de encender la luz. Se trataba de Liz, quien le miraba fijamente desde la entrada con sus ojos claros e inexpresivos.

—Uhm, ¿Liz? ¿Ocurre algo?

La mujer se acercó tranquilamente hacia la cama, sin pronunciar una palabra. Sólo cuando estuvo frente a él se atrevió a hablar, con muchísima calma.

—Si vuelves a sacrificarte estúpidamente por alguien, me aseguraré que tu cerebro sea el siguiente que vaya a comer. Literalmente. Tal vez aprendas el valor de tu propia vida cuando ya no la tengas.

Fue todo lo que dijo. Luego de eso se volteó y tan tranquilamente como había llegado comenzó a marcharse.

Eliel sintió un escalofrío recorrerle el cuerpo ante aquellas palabras. Sabía que Liz no le haría nada realmente (para empezar no comía cerebros y él ya sabía eso), pero eso no quitaba que fuera bastante terrorífica aún así.

Mas comprendía el significado tras sus palabras. Lo que verdaderamente había querido decirle.

*Tu vida es valiosa para todos nosotros. No la tires estúpidamente.*

—No voy a desperdiciar mi vida —murmuró Eliel, bajando la voz y sonriendo con algo de tristeza—. Si es por ustedes no creo que sea un desperdicio.

Liz apretó los puños pero no se volvió a verlo.

—Si quieres hacer algo por nosotros, entonces *no mueras* —respondió con voz cortante—. Es el mejor favor que puedes hacernos.

No contestó. ¿Cómo podría contestar a eso? Pero la mujer se dio vuelta para mirarlo, con una expresión que nunca había visto en ella. Una mezcla de dolor e ira.

—Todos somos iguales, Eliel. Todos queremos ver a los demás vivir y por eso también nosotros tenemos que vivir. —Le apuntó con el dedo, subiendo el volumen de su voz—. ¡Hay mucha gente que te quiere ahora, y es tu responsabilidad no destrozar sus corazones muriendo! ¿Entendiste? ¡Ni la muerte te librára de mi castigo si vuelves a hacer una idiotez

así!

Y se marchó con eso, azotando la puerta (aún cuando ella tendía a ser tan silenciosa), dejándolo absolutamente perplejo.

Tal vez, por primera vez, sintió que realmente sería extrañado si moría. Y quizás por eso, *sólo* por eso, valía la pena vivir.